

de la escuela sensualista hasta las más extremadas consecuencias y procuró demostrar en su famoso libro sobre las *Relaciones entre lo físico y lo moral del hombre*, que las sensaciones y las facultades morales no son más que las facultades físicas consideradas desde otro punto de vista.

Esta tendencia excesiva debía provocar una reacción en favor del espiritualismo. Por lo demás, el emperador era adversario declarado de las doctrinas materialistas que fundadamente consideraba fatales para el orden social. Cuando estableció la universidad, encargó de la dirección de la enseñanza á Fontanes, cuyos sentimientos religiosos le eran conocidos, y al abrir de nuevo la Sorbona sus cursos de filosofía, fué para que resonase en ellos la voz de Royer-Collard y de Laromiguière, que inauguraron una nueva enseñanza, refutando las teorías de Locke y de Condillac.

Brogniart, que había reemplazado á Haüy en la facultad de ciencias y en el museo de historia natural, fué nombrado director de la manufactura de Sevres en 1800. Allí resucitó la pintura sobre vidrio, fundó el museo cerámico y llamó de nuevo la atención pública sobre la pintura en esmalte.

Entonces surgieron nuevas ciencias del choque de los espíritus. Monge inventó la *Geometría descriptiva* y el abate Haüy, sacerdote que escapó á las matanzas de septiembre, extendió los dominios de la mineralogía y de la física creando la cristalografía. Fourcroy y Berthollet continuaron en química los trabajos del infortunado Lavoisier, y Cuvier elevó la geología á la categoría de ciencia con sus hermosos descubrimientos. En su brillante *Discurso sobre las revoluciones del globo*, puso de manifiesto la relación que existe entre sus descubrimientos y el relato de Moisés, y confirmó de esa manera, con la autoridad de su nombre, las nociones que nos da el Génesis acerca del origen de las cosas.

Habiendo sentado el principio de que todas las

partes de un organismo se encuentran entre sí en armonía, le bastó conocer un órgano de un animal para determinar los restantes. De esa manera creó la *Paleontología*, que enriqueció con más de 160 especies de animales que ya no se encuentran en la superficie del globo, porque han desaparecido en las diversas revoluciones que han trastornado la costra terrestre.

Geoffroy Saint-Hilaire unió sus esfuerzos á los de Cuvier, y estos sabios, comprendiendo en su campo de estudios todas las ramas de la zoología, lograron renovar por completo las ciencias naturales.

Aplicaciones industriales de las ciencias.

— Napoleón, que se consideraba honrado por haber tenido asiento en el Instituto, entre Lagrange y Laplace, atribuía gran importancia á los descubrimientos de los sabios. Así es que los alentaba con magníficas recompensas, elevando á sus autores á las principales dignidades del imperio. El senado les estaba abierto, y recibían los títulos de condes y de barones, lo mismo que los generales que derramaban su sangre por la patria.

Pero el genio práctico del emperador tendía sobre todo á las aplicaciones de la ciencia á la industria; por eso quería que la mecánica y la química se aplicaran principalmente á perfeccionar las distintas clases de fabricación.

Berthollet, que había descubierto las propiedades decolorantes del cloro y su aplicación al blanqueo de las telas, y que había fundado la *Sociedad química de Arcueil*, se encontró un día muy apurado de recursos. Napoleón que lo supo, le escribió: « Siempre tengo cien mil francos á la disposición de mis amigos. » Por entonces se reemplazó el azúcar de las Antillas por el de remolacha, la cochinilla por la rubia, las rosas naturales por las artificiales; de esa manera se procuró por todos los medios, no necesitar los productos coloniales de Inglaterra.

Chaptal, que sin embargo no hizo ningún descubri-

miento químico, aplicó esa ciencia á la industria con gran fortuna, y creó la fabricación del alumbre artificial, del salitre, de los cementos que sustituyen á las puzzolonas de Italia; halló medio de teñir el algodón rojo de Andrinópolis, de blanquear por medio del vapor; y perfeccionó la fabricación del ácido sulfúrico y de los jabones, del barniz para loza, etc.

Fulton aplicó el vapor á la navegación, é hizo maniobrar en el Sena un barquichuelo que marchó contra la corriente con la velocidad de seis kilómetros por hora. No era difícil adivinar el partido que podía sacarse de ese agente aplicado á la locomoción; pero la comisión de la Academia de Ciencias encargada de estudiar el sistema, no le dió la importancia que merecía, y Fulton transportó su descubrimiento á América, donde lanzó sobre el Hudson, en agosto de 1807, el primer barco de vapor que ha cruzado las aguas.

Finalmente, la exposición universal de 1806, estimulando la industria y el comercio, multiplicó las fábricas de papeles pintados, de cueros y de multitud de productos.

§ III. — *Estado de las letras y las artes.*

De las letras bajo la Revolución. — La elocuencia política reapareció con todo su brillo cuando la revolución de 1789 sometió á discusión pública las graves cuestiones que ocuparon á la Constituyente. Entonces se revelaron los más brillantes talentos. El abate Maury sostuvo con abundancia y vigor la causa del clero, y si su palabra fué impotente para vencer los obstáculos que se le oponían, supo no obstante cautivar la atención de la asamblea y excitar su admiración. La nobleza estuvo representada dignamente por Cazalés quien, al mismo tiempo que conservaba por el antiguo orden social el afecto de un hidalgo, manifestaba al defender el pasado, la libertad y la energía de un espíritu innovador. Mirabeau se alzaba sobre todos sus rivales gracias á su genio, y su pala-

bra de tribuno lo convirtió en jefe del tercer estado.

Estos tres hombres representaban los tres órdenes de la nación en la asamblea Constituyente. En la Legislativa aparecieron los girondinos, cuyos principales oradores fueron Vergniaud, Gaudet, Louvet y Lanjuinais. La Convención contó entre sus demagogos á Camilo Desmoulins, Dantón, Robespierre, Tallien y Collot-d'Herbois.

Pero si bien el espíritu revolucionario llevó á la tribuna oradores que fueron elocuentes, causó gran daño á la literatura francesa, como á todo lo demás, en medio de los trastornos que produjo. Los periódicos estaban llenos de palabras nuevas y locuciones extrañas para expresar ideas falsas ó singulares, que precipitaron la corrupción del gusto y los únicos literatos de entonces pertenecían al período anterior y habían conservado las tradiciones del pasado. Tales fueron: entre los poetas: Ducis (1733-1816), que enriqueció el teatro con sus imitaciones de Shakespeare; Delille (1738-1813), que añadió á sus tradiciones de Virgilio sus poemas descriptivos; Andrieux (1759-1833) que se distinguió con sus cuentos y fábulas, llenos de delicadeza y de gracia; los dos Chenier, Andrés (1762-1794) y José (1764-1811) cuyas tragedias y poesías líricas parecen ecos de la antigua Grecia; Fontanes (1757-1821), gran maestro de la Universidad, que fué al mismo tiempo prosista y poeta.

De las letras bajo el consulado. — Como las doctrinas irreligiosas del siglo xviii triunfaron con la revolución, los filósofos tronaban con orgullo en la cúspide de la sociedad. Dupuis era universalmente honrado y su libro, el *Origen de los cultos*, en el cual tenía la pretensión de explicar todas las religiones con arreglo á la historia del cielo material, suscitaba vivísimos debates. Volney continuaba los errores de la escuela enciclopédica fundada por d'Alembert y Diderot, y Bernardino de Saint-Pierre se presentaba como émulo de Juan Jacobo Rousseau.

El Directorio había hecho condenar la *Teoría del poder civil y religioso*, publicada por Bonald, y los espíritus estaban por entonces tan fuera de quicio que el astrónomo Lalande pudo publicar su *Diccionario de los ateos*, sin que causara el hecho ningún asombro. La historia era escrita según el estilo de Voltaire por Daru y Ginguené. Cuando Bonaparte devolvió al catolicismo el libre ejercicio de su culto, se produjo vivísima reacción contra las doctrinas irreligiosas y demagógicas del último siglo. Chateaubriand contribuyó á que esa reacción tomara cuerpo, publicando su *Genio del Cristianismo*. Esta admirable obra atacó de frente todos los prejuicios que la ignorancia y la mala fe habían acreditado contra la religión.

En vez de aceptar las declamaciones de los filósofos que consideraban al cristianismo como cosa usada y caduca, Chateaubriand hizo notar todo lo que de noble y grande había producido, y, trazando el cuadro de sus maravillas en el orden literario, artístico y moral, hizo comprender que la sociedad no tenía más base que las creencias cristianas, y que para regenerar la nación era necesario volverla á llevar por esas vías y hacerle respetar sus principios.

Sin embargo, el autor recurrió mucho menos á las armas de la razón que á los recursos de la sensibilidad y de la imaginación para alcanzar sus fines. « Las personas que gustan de las pruebas de sentimiento, decía Bonald, las encontrarán en abundancia en ese libro, adornadas con todas las pompas y gracias del estilo. La verdad en las obras de razonamiento es un rey al frente de su ejército en un día de combate; en la de Chateaubriand aparece como una reina el día de su coronación, rodeada por cuanto existe de gracioso y de magnífico. » El libro fué leído con avidez, y sus traducciones y ediciones se multiplicaron con sorprendente rapidez. El primer cónsul, que acababa de firmar el concordato, vió con gusto el éxito de una obra destinada á llevar al campo de la religión las inteli-

gencias privilegiadas. Así fué que nombró á Chateaubriand secretario de embajada en Roma (1803) y más tarde encargado de negocios en Suiza, en el Valais.

Bonald publicó, el mismo año en que vió la luz el *Genio del Cristianismo*, su *Legislación primitiva*, y esos dos grandes escritores combatieron con gran éxito las ideas revolucionarias en el *Mercurio de Francia* y el *Diario de los Debates*, donde tuvieron por colaboradores á Laharpe convertido y á Fontanes.

Frayssinous comenzó entonces en los Carmelitas una serie de conferencias, que luego continuó en San Sulpicio; en ellas examinó todos los dogmas fundamentales del cristianismo, respondiendo con tanta claridad como convicción á las objeciones de los incrédulos, en medio del asombro de aquella generación educada fuera de toda creencia religiosa, y extraña á las pruebas fundamentales de la fe.

Una vez emperador, Napoleón no perdonó medio para favorecer el desarrollo de las bellas letras. Su deseo era tener en su corte, á la manera de Luis XIV, escritores capaces de celebrar sus hazañas. Ofreció, pues, grandes recompensas á los poetas é historiadores que se consagrasen á enriquecer la literatura francesa con nuevas obras maestras; pero, no obstante esos esfuerzos, la literatura siguió desanimada y desprovista de novedad y los escritores de entonces eran de mérito secundario. Faltaba libertad, y las letras no pueden desplegar vivos fulgores más que siendo independientes.

Reacción liberal. Madama de Stael. — Una mujer de genio, Mad. de Stael, gloria y admiración de los salones, quiso protestar en favor de las ideas liberales proscritas; el Primer Cónsul no tomó bien esa oposición; y con motivo de un discurso pronunciado en el tribunafo por Benjamín Constant, discurso que había sido compuesto, en el seno de aquella minoría cáustica y burlona, resolvió disipar aquella pequeña cohorte privándola de su jefe, por lo cual desterró á

Mad. de Stael, prohibiéndole acercarse á París en cuarenta leguas á la redonda.

La escritora se refugió entonces en Alemania, donde conoció á Goethe, Wieland y Schiller, y recorrió la Italia, que le inspiró la novela *Corina*, publicada en 1807. El éxito que alcanzó este libro desagradó á Napoleón, quien no aprobaba las doctrinas en él contenidas, y su autora debió abandonar definitivamente la Francia, refugiándose en Coppet, cantón de Vaud. En ese retiro compuso su libro *De la Alemania*, en el cual halló la censura imperial alusiones bastante pecaminosas para confiscar la obra y destruir la edición.

Esa severidad engrandeció á la persona que era objeto de ella. La de Stael pudo creer por un momento que hacía sombra al emperador mismo, y su Tebaida se convirtió en refugio de los espíritus inquietos y descontentos, cuyas preveniciones inflamaba con el odio que sentía hacia el régimen napoleónico. Como no podían publicar libros ni folletos, esos escritores se comunicaban en los salones ó por el correo sus impresiones y esperanzas y la opresión á que se les sometía hacía más temible su concierto.

Sin embargo, en sus apasionados ataques no podían menos de reconocer la elevación y universalidad del genio que combatían. Sus victorias lo colocaban más alto que los mayores capitanes, y Francia, enriquecida y vigorizada, lo tenía por el primero de los legisladores y administradores. Leyendo sus proclamas, sus boletines y sus cartas, no era tampoco posible dejar de ver en Napoleón un gran escritor y un orador incomparable, cuya palabra se elevaba siempre á la altura del pensamiento y de la acción. Así era que en aquel grupo de adversarios, los más inteligentes sólo censuraban en Napoleón el absolutismo de su poder, y cuando el imperio se convirtió al liberalismo, ellos se convirtieron á su vez al imperio.

Á estos nombres añadiremos el de Maistre, que había revelado su talento de escritor en sus *Considera-*

ciones sobre la Revolución francesa, que vievon la luz en 1796.

De las artes. — Después de la campaña de Italia, el Directorio hizo transportar á París, con la pompa y aparato de una ceremonia antigua, los monumentos artísticos que los franceses victoriosos habían arrancado á aquella patria de las bellas artes. Al ver esas obras maestras de la antigüedad poblando los museos imperiales, pudo creerse un instante que iba á abrirse nueva era para la pintura y la escultura, y que en torno del *Apolo de Belvédère*, de las *Musas* y del *Laocoon* no tardarían en surgir obras capaces de rivalizar con tantas maravillas.

Los hombres del arte consideraron las cosas de otra manera, y pensaron y dijeron que aquellos prodigios del arte antiguo debían para ser fecundos, estudiarse bajo el cielo que los inspirara. El mismo Napoleón participó de esta opinión, puesto que la posesión de aquellas obras maestras en París no le impidió crear en Roma, en la *Villa Médicis*, una Escuela francesa de bellas artes, donde han ido en lo que va de siglo á acabar de formarse los más distinguidos artistas.

Allí fué donde Luis David, el primer pintor del imperio, bebió la pureza de dibujo, la dignidad de posiciones y la energía de ejecución que le han valido con motivo el título de regenerador de la pintura francesa. Después de haber sido partidario entusiasta de la Revolución, este artista se convirtió en amigo de Bonaparte, mucho antes de que el general llegara al poder supremo. Los asuntos de la Revolución que representó en sus cuadros fueron el *Juramento del Juego de Pelota*, los *Últimos momentos de Lepelletier* y la *Muerte de Marat*.

En la grande epopeya consular é imperial eligió á Bonaparte en el *San Bernardo*, la *Distribución de las águilas* y la *Coronación de Napoleón*. Este último cuadro, que es su obra principal, le valió cien mil pesos. Sus más ilustres discípulos fueron Gros, Gérard, Girodet, Fabre, Ingres y Leopoldo Robert.

El barón Gros fué el principal pintor de historia de su escuela. Á fuerza de seguir á los ejércitos adquirió arte particular para representar las batallas. Pintó sucesivamente *Bonaparte en el puente de Arcola*, el *Primer Cónsul á caballo*, el *Combate de Nazareth*, los *Apestados de Jaffa*, la *Batalla de Abukir*, *Bonaparte en las Pirámides*, la *Batalla de Eylau*, la *Entrevista de Napoleón I y del Emperador de Austria en Moravia*, cuadros que son casi todos verdaderas obras maestras.

Entre los escultores, citaremos á Chaudet, una de cuyas obras principales es la estatua de Napoleón I, vestido de emperador romano, que corona la columna Vendome; y Lemot, que hizo las estatuas de Licurgo y de Bruto para el cuerpo legislativo, la de Cicerón para la sala del tribunal, las figuras de la Victoria y de la Paz, de plomo dorado, para acompañar la cuadriga del Carroussel, y la estatua de Murat en traje de gran almirante.

Cherubini, que Haydn y Beethoven han proclamado el primer compositor de su tiempo, añadió á sus restantes obras las *Dos jornadas*, *Anacreonte*, *Aquiles en Esciros*, *Pigmaleón*, el *Crescendo* y los *Abencerrajes*. Escribió además *Epicuro* en colaboración con Mehul, quien compuso á su vez los *Dos ciegos de Toledo* y *José*, tan notable por la unción religiosa, que en esta obra va unida al encanto del carácter antiguo.

CAPÍTULO XII.

POLÍTICA EXTERIOR DE NAPOLEÓN. — GUERRAS DE 1804 Á 1807. — AUSTERLITZ. — PAZ DE PRESBURGO. — JENA, FRIEDLAND. — PAZ DE TILSITT. — CREACIÓN DE LOS ESTADOS FEUDATARIOS.

Este primer período del imperio es el de elevación y engrandecimiento. El emperador ve extenderse cada día más su poder. Amenaza á Inglaterra y si bien es cierto que no puede efectuar

un desembarco sobre sus costas, triunfa en el continente. Formanse contra él dos coaliciones europeas: una, á cuyo frente se pone Austria, es vencida en Austerlitz, y esta potencia sufre en Presburgo la ley del vencedor. Al frente de la otra se presenta Prusia, apoyada por el czar; pero Napoleón la vence en Jena y la aniquila en Friedland. La paz de Tilsitt hace á Napoleón árbitro de la Europa occidental y meridional. Entonces se entiende con Alejandro y le propone que Europa no forme más que dos imperios, el francés y el ruso, todo con objeto de lograr, por medio del bloqueo continental, la ruina de Inglaterra.

§ I. — Campaña de Austerlitz. — Paz de Presburgo.

Campamento de Boulogne. — Como Inglaterra era la única que se atrevía á resistir á Francia, y á desafiar las iras del emperador, éste, apenas rota la paz de Amiens, concibió el proyecto de efectuar un desembarco en dicha isla, y empezó inmediatamente á preparar la realización de aquel propósito con gran actividad. No sólo en los puertos sino hasta en los ríos se trabajó para equipar una escuadra formidable. En París se construyeron á orillas del Sena ochenta chalupas, que en seguida partieron para el Havre. Otras flotillas análogas salieron del Loira, del Gironda, del Charenta y el Adour, y en un momento pudo disponer el emperador de 1.000 barcos de transporte que cubrieron el Océano y que recibieron orden de concentrarse en Boulogne. En agosto de 1805, la flota se componía de 2.300 buques, barcos, chalupas y cañoneros, con más de 3.500 piezas de artillería de grueso calibre, y capaces de arrojar en unas cuantas horas 130.000 hombres sobre las costas británicas. Los puertos donde se hallaban reunidas estas embarcaciones estaban defendidas por 500 bocas de fuego del primer calibre, por lo cual los ingleses llamaron á esa parte del litoral la *costa de hierro*. El ejército acampado junto al mar se elevaba á cerca de 150.000 hombres. La vanguardia, mandada por Lannes y Oudinot debía hacerse á la mar en Wimereux, el ala derecha, con Drouot como jefe en Ambleteuse, el centro, al mando de Sorbust